

DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 8, 23b-9, 3): *Acreciste la alegría, aumentaste el gozo.*

Salmo (26, 1bcd-e.4.13-14) *«El Señor es mi luz y mi salvación»*

2ª lectura (1ª Corintios 1, 10-13.17): *Estad bien unidos con un mismo pensar y sentir.*

Evangelio (Mateo 4, 12-23): *Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos.*

La Unión en Cristo no tiene que obligarnos a perder la pluralidad personal de los que creemos en el Señor Jesús. Nunca hemos de someter la voluntad o inteligencia de los demás por más evidente que nos resulte a nosotros la formulación de la fe. La predicación del evangelio, su afirmación como mensaje liberador, nunca podrá anular el pensamiento o voluntad de quien lo escucha. La invitación paulina a la concordia se apoya en el valor de comunión que tiene la Palabra de Dios. La pluralidad que supone Pablo, Apolo y Pedro no varía el único mensaje salvífico de Cristo que es quien mueve a cualquiera de los tres a anunciar, si bien de distintas maneras, el mismo único evangelio. Cristo mismo es la afirmación más clara de este evangelio y su seguimiento no admite fisuras.

Todo abandono o interrupción de esta actitud de escucha y aceptación del Evangelio provoca la desconexión con Cristo, verdadero vínculo de unión de los cristianos. Ese es el riesgo que corremos siempre en la predicación del evangelio cuando nos alejamos de la Palabra de Dios convirtiéndola en nuestra palabra. La llamada a la concordia es pues llamada a la unidad de los creyentes en el único evangelio de Cristo.

La predicación del evangelio se presenta como la irrupción de una luz que ilumina a los que habitan en tinieblas y en sombras de muerte. El evangelista Juan, que habla con frecuencia de la luz y de las tinieblas nos enseña que la verdad del evangelio trae consigo la libertad para todos los que lo aceptan. Sería contrario a esta afirmación el imponer interpretaciones particulares, de Apolo, Pedro o Pablo, a quienes abren su mente y su corazón al mensaje del evangelio. Estas interpretaciones particulares son las que generan la división entre los fieles.

Cuando hablamos de unidad de los cristianos tenemos que referirnos a la fidelidad al mensaje de Cristo, a su único evangelio, y procurar insistir en el conocimiento y profundización del lenguaje de Dios, evitando recurrir a palabras “*sabias y cultas*” que olvidan o relegan a segundo plano la eficacia y valor de la muerte de Cristo en la cruz. Es cierto que la muerte de Cristo no tendría sentido salvífico si sólo fuese la muerte de un hombre cualquiera; el verdadero mensaje salvífico de esa muerte es la victoria definitiva que sobre ella se afirma en la resurrección de Cristo.

No temamos, pues, fracasar en nuestras propuestas salvíficas; afirmemos cada vez más que la validez de toda salvación radica no en nuestro evangelio (bien nos llamemos: Pablo, Apolo o Pedro) sino en la buena noticia que nos trae la persona de Cristo. Él y sólo Él ha culminado la obra salvífica proyectada por el Padre desde la eternidad. Es por tanto imprescindible que toda predicación del Evangelio pase de Cristo, única afirmación garantizada de la vida de Dios al hombre. Este sería el mismo pensar y el mismo sentir, que Pablo reclama ante quienes andan divididos y discordes en la interpretación del evangelio.

Isaías, en el siglo VIII a.C., arranca de una situación de humillación que se ha producido en las tribus de Zabulón y Neftalí, en la zona de Galilea de los gentiles. Esa humillación tiene un rasgo: Dios ha dejado a ambas tribus en las tinieblas. Tinieblas que son signo de caos y muerte. Como algo milagroso aparece, en medio de ese caos y muerte, una luz. Lamentablemente el texto litúrgico ha cortado lo esencial: “*porque un niño nos ha nacido, etc.*”. Estamos casi saboreando aún los turrones en honor del hijo de Dios cuyo nacimiento acabamos de celebrar. ¿Podemos reconocer nuestras tinieblas y contemplar al hijo de Dios como el Niño que nos trae la luz de un amor que nos sobrepasa, de una esperanza firme, de una fe recia?

El texto evangélico tiene como centro una expresión conocida: *«Convertíos porque está cerca el reino de los cielos»*. La conversión que pide Jesús no es primordialmente aquella que es fruto de nuestro voluntarismo, sino aquella que nos permite dejar transformar nuestro corazón por una luz de Amor mayor que nos disipa las tinieblas abriéndonos el horizonte de la libertad y del amor.

Desde esa perspectiva podremos contemplar mejor la llamada de Jesús a sus primeros discípulos. Es probable que el evangelista haya concentrado la llamada de los cuatro primeros discípulos en dos líneas, ya que, por lo que leemos más adelante, el proceso del discipulado fue más lento y con no pocas resistencias a dejarse transformar por Jesús, es decir, resistencias a la conversión.

Para un israelita la realidad que iba a cambiar el rumbo de las cosas era el Reino de Dios. Y entrar en el Reino no significa entrar en un lugar palaciego, sino atreverse a entrar en la soberanía del Amor de Dios. Tendrán que pasar vicisitudes y tiempo para que los discípulos aprendan cuál es y de qué tipo la luz del Reino: un Amor que desborda, un Amor discreto que, según veremos en las parábolas, cambia de abajo hacia arriba y desde dentro del corazón creyente hacia al amor a Dios y al hermano; desde debajo de la historia hacia arriba del Amor apasionado de Dios Padre en su Hijo hacia nosotros.

Demos gracias a Dios Padre que, en el niño de Belén, cuyo nacimiento acabamos de celebrar, nos concede la luz de su Amor que ilumina nuestro caminar por este mundo transformándolo a la medida de su justicia preñada de misericordia, y pidámosle ser discípulos suyos. Esa será nuestra alegría que nadie nos podrá arrebatar.